



Al infinito y más allá: una celebración

Juan Patricio Riveroll

David Foster Wallace. (Fotografía: Steve Liss // Time Life Pictures / Getty Images)

*I knew him, Horatio.
A fellow of infinite jest, of most excellent fancy.
He hath bore me on his back a thousand times.*
SHAKESPEARE, HAMLET

A VEINTE AÑOS DE SU PUBLICACIÓN, *Infinite Jest* ha demostrado ser la gran novela de su generación y, además, una obra rejuvenecida por el paso del tiempo, la única medida de calidad realmente fiable. Hay productos culturales perecederos, que en su momento causan revuelo y dan la impresión de una longevidad futura inevitable, y que de un día para otro pierden relevancia y se olvidan. Cuando apareció, *Infinite Jest* pudo haber aparentado lo contrario, que el alboroto a su alrededor era producto del despliegue publicitario provocado por su editorial, Little Brown, dado que buena parte de quienes escribieron sobre ella y entrevistaron a su autor no la habían leído. Ese es un hecho que David Foster Wallace mencionó varias veces en entrevistas subsiguientes: si la novela necesita de al menos mes y medio de intensa labor de lectura para terminarla, era imposible que quienes tenía en frente lo hubieran logrado. En lo que estaban interesados era el alboroto del que el mundo literario estaba hablando.

Hoy lleva más de un millón de copias vendidas, un dato extraordinario dada su endiablada complejidad formal y las pocas concesiones al lector tradicional que espera de una novela una línea narrativa que guíe la estructura, avances y retrocesos en el tiempo y, al menos, ciertas conclusiones finales, que los caminos lleguen a

un fin más o menos ordenado. En *Infinite Jest* no hay nada de eso. El tiempo apenas avanza, aunque sí hay recuerdos recurrentes; en vez de líneas narrativas hay personajes y los entornos en los que se mueven; y si después de leer las más de mil páginas el lector espera ser recompensado con saber qué les deparará a los personajes principales en ese momento de sus vidas, llegar al final significará frustración. Hay tantas dudas por resolver al cerrar el libro que, después de un arduo trabajo de lectura, parece increíble que no exista siquiera un esbozo de posibles desenlaces, después de que la manera en que se mueve la trama da la impresión de uno o varios cierres posibles. Todo aparenta avanzar hacia una sólida resolución: ahí podría estar la broma.

Lo que sí sabemos es cómo piensan gran parte de los personajes. Se es partícipe no sólo de la vida de Hal Incandenza, sino también, y mucho más importante, hemos formado parte de él, conocemos el ángulo desde el cual ve el mundo, su angustia es la nuestra, es posible tocar las telarañas de su pensamiento a partir de las palabras de su autor. Estar dentro de la piel de un personaje nunca había sido una experiencia tan palpable hasta que Wallace escribió *Infinite Jest*.

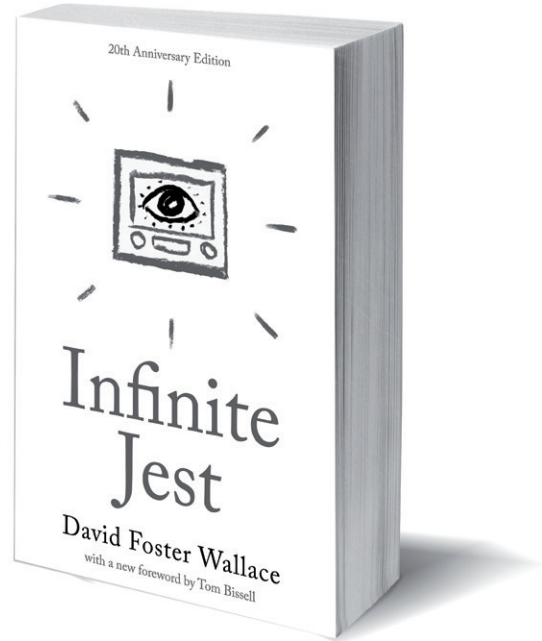
Es fácil abusar de la palabra genio, pero en este caso el sustantivo es atinado. La gente que lo conoció se refiere a él de esa manera, y sus lectores pueden comprobarlo a partir de su obra, de la que el consenso más común es que *Infinite Jest* es la obra cumbre. Un maestro del lenguaje, Wallace juega con el argot de cada personaje para hacer del contacto lector - personaje una experiencia aún más inmediata. La profundidad que alcanza borda en lo esquizofrénico: es evidente que el autor se convierte en Hal, el adolescente en vías de convertirse en tenista profesional; en Don Gately, el adicto recuperado al que cada día le cuesta no tocar una sustancia; en Madame Psychosis, la locutora de radio desfigurada que forma parte del elenco de *Infinite Jest*, la película que, de tan entretenida, destruye la psique de quien la ve, así como un larguísimo etcétera. Hasta los personajes que aparecen de paso poseen una innegable presencia, una compleja densidad.

Ambientada en un futuro cercano a 1996, la novela contiene elementos satíricos y surreales que conviven con los trazos realistas que implica la intrincada psicología de los personajes que la pueblan. Para recabar dinero el gobierno de Johnny Gentle, el presidente de inquietantes similitudes con Trump, ha decidido venderle el nombre de cada año a diferentes compañías, como publicidad, y así tenemos “El año de la Whopper”, “El año del pañal para adulto Depend”, “El año de los productos lácteos del corazón de América” o, el más estafalario, “Year of the Yushityu 2007 Mimetic-Resolution-Cartridge-View-Motherboard-Easy-To-Install-Upgrade For Infernatron / InterLace TP Systems For Home, Office, Or Mobile.”¹ La ocurrencia suscita una sonrisa al imaginar a los pobladores de ese mundo a la vez íntimo y extraño referirse al año en cuestión de una manera exageradamente barroca, y es que el otro gran ingrediente de la novela es su humor. Hay abundantes pasajes que causan risas en voz alta, y otros tantos más en los que el disfrute en la lectura tiene que ver con la comicidad, ya sea en situaciones determinadas —como cuando los pequeños pupilos de la academia de tenis desatan una guerra mundial entre ellos— en diálogos o en la manera de ver el mundo por parte de, por ejemplo, Mario, uno de los dos hermanos de Hal, con un variado abanico de impedimentos físicos y mentales que lo hacen tan ingenuo como querido por todos a su alrededor.

También es una novela inmensamente triste. No sólo el dolor de lo que significa una verdadera depresión mental, sino la soledad que ello implica, está plasmado en páginas lacerantes, que a la par con lo que sabemos

¹ El nombre de este año en particular es difícil de traducir, como es posible apreciar. Me refiero en este texto a la versión original en lengua inglesa de *Infinite Jest*, no a la traducción al castellano. Bien valdría la pena comprar la versión de Marcelo Covián para Mondadori con el original, una tarea titánica e imposible desde el arranque. El juego de lenguaje es tal que cualquier intento de equiparar tantas libertades lingüísticas a nuestro idioma sería superfluo. Podríamos hablar más de un acercamiento a la obra que de una verdadera traducción, puesto que estamos frente a una novela intraducible en su miles de detalles.

Infinite Jest 20th Anniversary
David Foster Wallace
Nueva York, Back Bay Books,
2016, 1079 pp.



de su autor² se tornan aún más reveladoras. Sobre esta depresión particular a la que se refieren como *Eso*:

Eso es un nivel de dolor psíquico completamente incompatible con la vida humana como la conocemos. *Eso* es una sensación de un mal radical no sólo como una parte sino como la esencia de la existencia consciente. *Eso* es una sensación de envenenamiento que permea el ser y los niveles más elementales del ser. *Eso* es la náusea de las células y el alma. *Eso* es una intuición no adormecida en la que el mundo es cabalmente rico y animado y sin-mapa y también plenamente doloroso y maligno y antagónico al ser, al cual ser depresivo *Eso* se une y se coagula a su alrededor y se envuelve en *Sus* dobleces negros y se absorbe en *Sí*, para que se logre una unidad casi mística con un mundo en el que todas sus partes constitutivas significan un daño doloroso al ser.

Una de las herramientas de Wallace es el método de Alcohólicos Anónimos, que propone como proceso de cura que sus integrantes hablen sobre sí mismos, sobre cómo acabaron ahí. Las historias que de aquí se desprenden se complementan con tribulaciones privadas y los más oscuros pensamientos.

Y están también las notas finales que obligan al lector a consultar las últimas páginas a lo largo de la lectura; notas que acompañan la narración de manera tangencial, en las que muchas veces sucede la acción y que pueden parecer, en ocasiones, autoindulgentes. Al igual que las objeciones arriba mencionadas en cuanto a narrativa y desenlace, las notas pueden ser vistas como obstáculos que entorpecen la lectura o como

² El suicidio de David Foster Wallace el 12 de septiembre de 2008 tiene explicaciones en las páginas de *Infinite Jest*. Es claro que domina el tema y la sensación de depresión, que conoce todo tipo de sustancias químicas tanto recreativas como las que forman parte de un tratamiento psiquiátrico, y que esta lucha interna es uno de los motores que impulsan la novela.

otro regalo más en el laberíntico entretenimiento en el que te envuelve la novela que, como la película homónima dirigida por James O. Incandenza, el padre de Hal, es exquisitamente entretenida. El genio de Wallace está en haber creado una obra difícil y entretenida al mismo grado.

Además de lamentar su prematura muerte, que como bien dice D. T. Max, su biógrafo, fue su elección, se agradece que haya existido alguien capaz de escribir esta novela, que apenas comienza su huella en el firmamento cultural. Una novela que quizá no sea perfecta, pero que llega a ciertos límites de la consciencia. Hay quienes argumentan, quizá con razón, que hay segmentos prescindibles, como los que tratan sobre los separatistas quebequenses que buscan la independencia de su región. El país de *Infinite Jest* es la unión entre Canadá, Estados Unidos y México, con una Gran Concavidad en la que se depositan los desechos nucleares y que ha desplazado a millones de personas. Es posible que pudiera haber funcionado sin esas partes, pero no es lo que Wallace quiso. Los ingredientes surreales de los separatistas, la mayoría de los cuales lisiados y que andan en sillas de ruedas, la ayudan a distanciarla de alguna vertiente del realismo, del que huía frenéticamente.

Wallace creía que para dejar escrito algo que perdure en el lector es necesario morir un poco. Quien se acerque a estas páginas de fuego verá su esfuerzo recompensado con una visión de un mundo interno alucinante, con risas que parten el corazón, infinitamente. 